



BIBLIOTECA DE AUTOR

MANUEL ÁLVAREZ

A ninguna parte

EL GUARDIÁN LITERARIO

MANUEL ÁLVAREZ

A ninguna parte



EL GUARDIÁN LITERARIO

A LM, contra todos los males de este mundo



*“Todo relato, por definición, es infiel.
La realidad no se puede contar ni repetir.
Lo único que se puede hacer con la
realidad es inventarla de nuevo.”*

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ - *Santa Evita*

*“Somos lo que pretendemos ser, así que debemos
tener cuidado con lo que pretendemos ser.”*

KURT VONNEGUT - *Madre Noche*



EL GUARDIÁN
CULTEROPIC

La mayoría de lo que sigue es verdad



Primera parte



I

Por razones que lo excedían, Zinder viajó a Zapala en un asiento distinto primero y en otro ómnibus después.

Lo del asiento fue por pedido de una señora para estar junto a su hija. Zinder cedió su asiento contra la ventana sin mucho entusiasmo y se sentó en el 23 B que daba al pasillo. La señora, retacona y entrada en años, le preguntó si iba a Neuquén y Zinder le respondió que su destino era Zapala.

—Lo compadezco, en Zapala no pasa nada —dijo ella.

A mitad del recorrido, el Chevallier semicama pinchó una goma y tuvieron que esperar en la ruta desierta más de dos horas a que otro fuera a buscarlos. Eso explica lo del cambio.

Llegó a Zapala cerca de las diez de la mañana de un lunes frío de julio. Desde la ventanilla del ómnibus, detrás de los cristales de sus anteojos, vio el paisaje a través de la neblina que se interponía frente al sol. Era una neblina tenue, como una cortina transparente, que teñía de gris la mañana. Vio a lo lejos las montañas, vio como la ruta pasaba de la llanura árida a la ciudad en diez cuadras:

pavimento, civilización, pavimento. Vio gente abrigada caminando lento, tapándose la cara. Ya en la terminal creyó ver una joven que lo saludaba y le sonreía. Zinder se señaló el medio del pecho, volvió a mirar a la mujer con su nariz pegada a la ventana y devolvió un saludo tímido. Enseguida se dio cuenta de que la mujer no era tan joven, andaría por sus cincuenta, y vio como lo negaba con su dedo índice y después señalaba a alguien detrás de él.

En el momento justo en el que el ómnibus frenó en la terminal, Zinder agarró su mochila rápido y esperó de pie a que el resto bajara. Ya en el suelo, el despachante sacó bruscamente las valijas de los pasajeros y él reconoció la suya al ver como la tiraba desde la bodega hacia la montaña de valijas que estaba en el asfalto. Pasó entre la gente para retirarla y, cuando la levantó por la manija, sintió como lo agarraban de la muñeca. Le mostró su etiqueta al despachante y este le devolvió su palma. Zinder sacó dos pesos de su bolsillo, se los dio de mala manera y se apuró hacia adentro de la terminal para evitar el viento fresco.

Por el atraso en la llegada, el auto que había pedido el diario para que lo fuera a buscar no estaba. Hacía dos horas que tendría que haber llegado, pero la goma pinchada lo había jodido.

Desde la terminal llamó a un remis y esperó sentado en una de las sillas dentro, con la mochila puesta y la valija entre las piernas. Limpió los cristales de sus anteojos y trató de entender qué mierda hacía ahí.

Tres días atrás, la noche del viernes, se había emborrachado con una botella de whisky barato mientras escribía en su computadora un artículo que comparaba la película *Vivir al Límite* con el oficio de escritor, que también vive de desarmar bombas cada vez que toma una decisión. Esa era su conclusión. Zinder escribía y era soberbio, lo que daba un buen combo ya que a los soberbios se les da por escribir bastante bien. Y él lo hacía bien, aunque no tanto como pensaba. Siempre quiso algo más que escribir artículos en revistas literarias o cuentitos que bajaran bombachas en talleres de escritura creativa. En realidad, no sabía lo que quería, pero estaba en la búsqueda de encontrar “la voz”, su voz, o eso creía.

Esa noche pasó lo de siempre: le escribió a Julia borracho y ella apareció a las once en punto. Fue ella la que le contó lo de la desaparición. Así que no habría historia sin Julia y su consejo maternal. Gracias, Julia.

¿Qué hay que saber del Zinder de entonces? Lo justo. Daba unos talleres de escritura creativa que le significaban una guita fija, que no era mucho, pero le servía para tirar. También escribía para la revista dominical *Antídoto*, que salía junto con uno de los diarios más importantes. Y que en el 2008 sacó, sin mucho éxito, un libro de cuentos cortos: *Mientras el resto duerme*. Ese era el único libro que tenía publicado, además quiso publicar dos novelas, pero se las rechazaron. Eso con la escritura, que ocupaba gran parte de su vida. ¿Qué más? Bueno, en aquel momento Zinder andaba a meses de cumplir los treinta, llegaba medio justo a fin de mes, vivía solo y tenía a sus viejos separados. Con

Alfredo, su viejo, no se hablaba, creía que vivía en Tandil administrando unos campos, pero no lo sabía con seguridad ni le interesaba; con Graciela, su vieja, sí, a ella la veía de vez en cuando en su departamentito por Monserrat. Zinder no tenía hermanos, tampoco novia.

Su historia con Julia fue de manual literario. Se conocieron en un taller de escritura creativa hace ya varios años, cuando ella tenía treinta, seis años más que el aspirante a escritor. Con el tiempo Julia también llegó a publicar en *Antídoto*, aunque ella escribía poemas. Todos terminaban escribiendo en la revista del diario que para el 2010, que es el año de esta historia, editaba su pareja oficial.

Desde que se conocieron ella estuvo siempre disponible, disponible aunque estuviera con alguien. Él, en cambio, nunca tenía una relación seria. Lo de ellos no era amor, era compañía, y lo sabían. Ninguno le dijo al otro nada que pudiera cambiar su vida, para los dos sus encuentros eran algo ideal y momentáneo, que un día se iba a terminar, un mensaje no se iba a contestar y ese sería el final. Algo que, evidentemente, terminó pasando.

Esa mañana de sábado fue algo así:

—¿Vos decís que si salto desde acá me mato? —preguntó Zinder.

La pregunta flotó en el aire, como esos globos que se escapan de las manos de los chicos y vuelan hacia arriba hasta que se pierden de vista en el cielo. Indi, su gata siamesa, lo miraba fijo con sus ojos celestes, profundos. Él se rió.

—No sea cosa que me contestes y salto en serio —dijo en voz alta.

Los dos estaban en el balcón del cuarto piso que Zinder tenía en Gurruchaga. Debajo, la calle empedrada que embellecía la cuadra junto con los árboles que trepaban alto. Eran las ocho de la mañana y el edificio de enfrente todavía tapaba el sol, un sol que en julio se muestra tarde. Zinder pasó sus brazos detrás de las patas delanteras de Indi, la sujetó fuerte, cruzó la puerta corrediza de vidrio y la soltó en el edredón blanco que cubría su cama. El impacto hizo que Julia abriera un ojo y estirara sus brazos.

—Amo el olor a gata en la mañana —dijo ella entre bostezos desde la cama.

—Es mi napalm, querida —contestó él.

—¿Qué hora es? —la voz de Julia se despreczaba junto a sus brazos estirados.

—Hora de ir moviéndose.

Julia se sentó contra el respaldo de la cama, levantó sus piernas y las rodillas hasta el mentón y las cubrió con la remera de Zinder que llevaba puesta y le quedaba grande.

—¿Moviéndose a dónde? Daniel vuelve mañana, tenemos todo el día para nosotros. Seguro que en este momento está durmiendo con una pendejita que se cogió anoche —Julia levantó las cejas y sonrió—. En eso se parece a vos.

—Vos no sos ninguna pendejita, en eso nos parecemos... ¿A dónde se fue? —preguntó Zinder, de pie, haciendo un montoncito con su mano derecha, devolviendo el golpe y esquivando el intercambio, todo al mismo tiempo.

Julia le contó que Daniel se había ido a Rosario porque esa mañana daba una charla con otros dos editores

en la Universidad Nacional, cada uno elegía un libro y los iban a debatir en una mesa abierta, creía que la jornada se llamaba “La literatura argentina hoy”, algo así de pretencioso. Daniel había elegido uno de Aira, *La luz argentina*, y ella le preguntó a Zinder si lo había leído. Él le respondió que no y que Daniel seguramente tampoco, pero, como sabía que nadie lo había hecho, lo llevaba habiendo leído algún resumen de internet.

—No seas malo, lee muchísimo —contestó Julia.

—Lee mal —dijo Zinder.

—A vos te publica en la revista, así que tan mal no lee —Julia levantó los hombros y cerró la boca cubriéndose los labios.

—Entonces, además de leer mal no lee lo que publica, porque me publica solo por vos, por tu recomendación. Y en todo caso, lo hace para decir que fue mi descubridor si la pego. Las cosas como son —dijo él golpeándose el muslo dos veces.

Zinder usaba la sentencia cuando quería pelear, sabía que una sentencia que no admite discusión era el gancho perfecto para la discusión, para llevar al interlocutor al barro.

Indi se acercó al borde de la cama, Zinder abrió los brazos y la gata saltó hacia él. La abrazó y le acarició la cabeza.

—Sabés que no es así, lo hace porque escribís bien, es más, ayer hablamos de una propuesta que creemos que es ideal para vos.

Ahora era Julia la que evitaba el intercambio.

—Otra vez vos, no uses el plural, Julia.

Zinder creía que todo esto de la propuesta había sido idea de ella. Desde que estaba con Daniel, a él le habían ofrecido para que escribiera en todas las ediciones, era obvia su influencia y le jodía que se lo negara.

Ella le dijo con énfasis que su mirada era ideal para esto. Él, sabiendo que esa pelea estaba perdida, preguntó cuál era esa propuesta.

—Quiere que vayas a Zapala a cubrir la desaparición de un cadáver del cementerio para que salga en el diario, que escribas crónicas desde allá. Darle un enfoque literario, digamos. Pensá que esto no es la revista, es un salto, vas a tener muchos más lectores. Viajas una semana, le pasas las crónicas por mail y se van publicando cada dos días, ponele, ¿no te parece una buena idea? —preguntó Julia en tono amigable.

Zinder dejó a Indi en el suelo con cuidado. Señaló hacia la cocina e hizo un gesto para que fuera. La gata obedeció y, enseguida, tomaba agua del bol. Sus lengüetazos sonaron como el *glu glu* que corre en las cañerías.

—¿Zapala? ¿Dónde carajo es eso? —preguntó Zinder.

Ella le respondió que quedaba a 200 km de Neuquén, que Daniel se enteró de la noticia por la página de internet del diario de Río Negro y automáticamente pensó en él. Julia se imaginó que él no la había leído y le dijo que todo parecía medio siniestro. Al instante soltó que él podría ser el nuevo Capote. Julia sabía cómo entrarle, nombró a uno de sus ídolos para pincharle el ego, él también podía ser como Truman, ¿o no podía?

—Y Zapala mi Holcomb, ¿no? Ahora sí lo veo clarito —contestó él acercándose hasta el borde de la cama, con las rodillas tocando el colchón descubierto.

—No seas irónico. No ves que es una gran oportunidad, tenés una buena historia y encima te pagarían todo. Además, ¿vos no decís que estás cansado de hacer lo mismo?, ¿no decís que querés vivir para escribir? —preguntó ella acorralándolo.

Zinder respondió que sí e inmediatamente pensó en la posibilidad de viajar y ver si encontraba una historia para contar. Lo de las crónicas era una anécdota, quizá en Zapala encontraba la novela que tanto quería escribir. Julia había dado en la tecla con lo de Capote, Zinder empezó a creer que el viaje podía ser una buena idea. Se preguntó qué se lo impedía y no supo responderse.

—Bueno, esta es la oportunidad de hacer las dos cosas y es solo una semana. Pensalo hoy tranquilo y a la noche me decís, lo ideal es que viajes cuanto antes así...

Zinder la cortó y le preguntó cuánto le pagarían por la movida. Ella le dijo que era tremendo y después le aclaró que tendría todo incluido por esa semana, viaje y hospedaje. También le dijo que lo que ganara por lo que escribiera dependía de la cantidad de palabras, pero que calculara mil quinientos pesos cada mil. Zinder hizo números rápido en su cabeza y se dio cuenta de que con eso podía sacar más de lo que sacaba por los talleres en un mes. Ante el silencio, Julia le preguntó si le parecía poco. Seguía recostada en la cama y gesticulaba al son de sus alegatos. Él respondió que con esa suma podía manejarse

y decirles a sus alumnos que le había salido un viaje, que recuperarían las clases a la semana siguiente. Ella le dijo que ahora estaba pensando.

—Siempre estoy pensando, solo que a veces disimulo —dijo él, y se tocó la sien con su dedo índice.

—Disimulas bien... ¿quierés que hable yo con Daniel? —preguntó Julia entusiasmada.

—No te dije que sí todavía. Lo voy a pensar, pero en caso de que diga que sí, habla vos con él, y si es así, decile que, escriba lo que escriba, yo tengo la última palabra, no quiero que me retoquen como la vez pasada —dijo con su dedo índice apuntando hacia ella, como disparando.

Zinder no estaba del todo convencido de cruzar el país hacia una ciudad perdida, le interesaba la experiencia, sí, pero todo era tan de golpe que dudaba.

—Miralo a Georgie haciéndose valer —dijo Julia riéndose y extendiendo su brazo desnudo para traerlo a la cama.

—Odio el Georgie y lo sabés —Zinder se movió unos pasos para atrás, alejándose de la cama.

—Por eso te lo digo, para molestarte. Pensá que sos medio ciego, tenés el nombre y escribís, estás condenado —dijo ella entre risas.

—Lo que vos digas, Kodama —contestó él seco.

Julia era sensual aunque no quisiera serlo. Tenía algo en la forma de acomodarse el pelo que sencillamente te derretía. O ese gesto que hacía con sus ojos oscuros mirando para arriba cuando algo la cansaba. Imposible no desearla. También podía ser mala, la más mala, y eso

te liquidaba. Altura promedio, flaca, buena figura, tetas chicas y precisas y, el condimento especial, prendía como un encendedor nuevo. Si estaba enojada te mandaba sin escalas a la puta madre que te parió. Difícil resistirse.

—Ahora me vas a salir con una teoría rarísima tuya anti Borges —lo apuró Julia.

—No, Borges fue un genio, jamás criticaría al escritor, critico en lo que se convirtió, en lo que lo convirtieron, pero él no tiene la culpa. Al final le pasó como a su querido Hemingway, lo cual ya de por sí es una ironía borgiana, digo, ya casi no se los considera por su literatura, pocos saben quiénes son Juan Dahlmann o Nick Adams, se convirtieron en sus anécdotas y las anécdotas matan al artista. Borges terminó de viejo haciendo chistes en los diarios. Prefiero ser como Arlt del que nadie se acuerda anécdotas, que mi literatura hable por mí, que se tengan que meter hasta el fondo para encontrarla —Zinder levantó la voz apasionado—. Yo quiero que me lean siempre en clave de presente, quiero ser el adjetivo de una generación...

—¡Bravo, profesor! —dijo Julia aplaudiendo irónicamente—. Así como está lo arltiano, vos querés que ahora se hable de lo... ¿Zinderiano? ¿Cómo sería?, decime.

—Vos burlate, hablemos en veinte años y vemos dónde estoy parado.

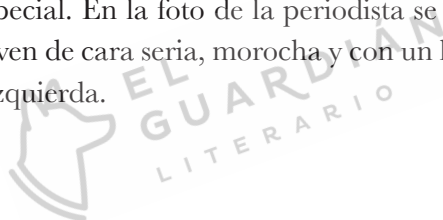
—Escuchame, Erdosain, ¿así es como enamorás a tus chiquitas del taller? —preguntó ella desafiándolo.

—Así y con mis músculos —dijo Zinder mientras se señalaba los bíceps.

—Vení a la cama, don Juan —ordenó Julia.

Esa misma noche, cerca de las diez, Zinder le mandó un mensaje de texto a Julia: «voy a ir, igual ahí veré qué onda, no cantes victoria». Ella le respondió que no se iba a arrepentir. Y al rato le había mandado por mail el ticket para el viaje en bondi desde Retiro. Después vino el cambio de asiento, el cambio de ómnibus, y así llegamos a Zapala y a la terminal donde Zinder estaba sentado con la mochila puesta y la valija entre las piernas.

Mientras esperaba el remis, sacó de su mochila la nota impresa del diario de Río Negro que le había mencionado Julia y leyó el artículo que hablaba del caso de la desaparición. Firmaba una tal Mariela Lembroso, enviada especial. En la foto de la periodista se veía a una mujer joven de cara seria, morocha y con un lunar en su mejilla izquierda.



II

El cementerio del misterio (16/07/2010)

Desconcierto por la desaparición del cadáver de un ex combatiente de Malvinas en el cementerio municipal de Zapala, lugar donde los muertos están amenazados por los vivos.

Por Mariela Lembroso

ZAPALA, NEUQUÉN. – La justicia investiga la desaparición del cadáver del héroe de guerra zapalino Sergio Andrés Velloso, que permanecía en el sector de depósito del cementerio municipal de la localidad de Zapala, un cementerio en el que el vandalismo se hace presente con frecuencia.

Carlos, el único hijo del fallecido, que murió el jueves pasado tras una larga enfermedad pulmonar, descubrió lo ocurrido cuando concurreó ayer a rezar y llevar unas flores. Al llegar a los nichos detrás del depósito, en el patio externo, se encontró con el ataúd con las iniciales de su padre abierto, la tapa suelta y el interior vacío. Ningún empleado pudo darle explicaciones.

Inmediatamente se dio aviso a la policía y en declaraciones a medios locales el comisario Julio Aguirre dijo que se iniciaron las actuaciones correspondientes para resolver el caso. Aguirre agregó que la

principal hipótesis era que hubiera sido un robo para realizar rituales esotéricos y apuntó a una banda que se hace llamar “la BDB”.

En diálogo con este diario, el Dr. Arturo Barlero, fiscal a cargo de la investigación, dijo que hasta ahora la carátula era la de averiguación de ilícito porque podía surgir un delito conexo, el daño al ataúd o el robo de algún objeto de valor que llevara en el cuerpo, pero que jurídicamente el cadáver no era una cosa. Dijo que el cadáver no se puede apropiarse ni tiene valor, y que no se podía encuadrar como robo porque no está tipificado.

El problema, según cuenta el fiscal, es que para la justicia argentina el robo de cadáveres no es un delito, es una simple contravención. El Código Penal no contempla de manera directa el robo de cadáveres, solo menciona la palabra cadáver en su art. 171 y dentro de la figura del delito de extorsión, donde castiga con penas de dos a seis años “al que sustrajera un cadáver para hacer pagar su devolución”. Es decir: sin extorsión no hay delito.

Barlero ya dispuso las primeras medidas para determinar responsabilidades en este hecho que habría ocurrido en la noche del día del ayer. Entre ellas, dispuso un amplio rastrillaje en los alrededores del cementerio presumiendo que quien tomó el cuerpo lo pudo haber arrojado en las inmediaciones.

La noticia, probablemente debido al renombre de Velloso en la ciudad, se extendió rápidamente entre los habitantes que, automáticamente, y sin afán de vincularlos con este caso en particular, recordaron otros hechos irregulares que ocurrieron —y ocurren— en el descuidado cementerio de Zapala.

Rubén Varela, 51 años, sepulturero del cementerio, habló de robos, tiroteos, peleas por herencias, bandas que destrozan tumbas

de difuntos adversarios, rituales esotéricos y más despropósitos. «Lo que pasa acá es incontrolable, cada semana hay un delito nuevo, el cementerio se volvió el lugar de la ciudad elegido por los delincuentes», señaló.

Varela lleva 30 años sepultando, limpiando, viviendo su vida en medio del dolor ajeno. Él jura que se siente cómodo, que, a pesar de todo, está “más tranquilo” entre tumbas que en la calle. «La ciudad es un loquero, dejame acá», dijo.

Llamativamente, lo más duro en este cementerio donde van a descansar bajo tierra casi todos los muertos de la ciudad no está en la ingrata tarea de sepultar. Al menos para Varela, que también hace las veces de sereno, el problema está en la seguridad.

«Enterramos a casi todos los muchachos que han tenido problemas con la ley, y sus historias no terminan con la muerte», explicó el encargado del lugar, quien, al igual que Velloso, también combatió en Malvinas.

Consultado por la desaparición, el sepulturero aclaró que el féretro se encontraba en uno de los nichos porque están reconstruyendo el panteón familiar. Agregó que él creía que la noche anterior, sin que nadie se diera cuenta, alguien se lo debió haber llevado. Dijo “alguien” sin especificar quién pudo haber sido. «Es una barbaridad lo que pasó, me enteré al día siguiente cuando lo buscábamos con el chico», dijo Varela.

«Antes teníamos seguridad policial y las cosas andaban mejor. Pero ahora acusan falta de personal y la verdad que quedamos indefensos», agregó el sepulturero con resignación. «Los pibes vienen a robar, muchas veces asaltan a la gente, se han llevado autos, ¿por qué no se pueden llevar un cuerpo? Este lugar es tierra de nadie», sentenció.

III

¿Qué hay que saber de Zapala? Digamos que está ubicada en el centro geográfico de Neuquén, a unas dos horas en auto de la capital, y funciona como paso obligado hacia los lugares turísticos de la Patagonia, desde el parque natural Laguna Blanca hasta la cordillera trasandina, incluyendo el arroyo Covunco, que es el curso de agua más cercano. Para los capitalinos Zapala es una ciudad lejana, para la ciudad la capital es el centro de todo. Arman ferias, carreras de autos, festejos de tradiciones inventadas, intentan llamar la atención, una atención que se burla de que estén ahí, clavados en el medio de la solitaria estepa patagónica, trabajando en una fábrica de cemento.

En Zapala la tierra es llana y la vista inmensa. Es un pueblo de paso porque está totalmente volcado sobre la ruta nacional 22. Lo más importante está cerca de la ruta, a una distancia de cinco cuadras: la municipalidad, el hospital, el cine teatro, el museo Olsacher de ciencias naturales, el casino, la comisaría, los bancos, los mejores restaurantes, los hoteles de tres estrellas, los cabarets, todos amontonados en un desfile intrascendente. La mayoría

de las casas son de una planta, chatas y de aspecto incompleto, como a medio hacer, se encuentran pegadas y tienen rejas que separan la entrada de la vereda angosta, de las calles con baches. El paisaje solo se interrumpe por grupos de araucarias que miran todo desde arriba.

La primera referencia de la ciudad es la plaza que está justo en el centro y que cruza la ruta 22 formando una rotonda. Dentro de esa rotonda está el monumento homenaje a los primeros pobladores. El monumento es un arriero liderando a cuatro vacas que tiran de una carreta en la que va su familia. Son figuras desgastadas por el clima y los años y tienen la mirada hacia abajo, triste, como si anduvieran sin rumbo. A su costado un cartel de madera azul y amarillo que dice: **ROTONDA DE LOS PRIMEROS POBLADORES.**

También está la estación del ferrocarril de techo de chapa bordó y paredes color amarillo crema que vive cerrada. El ferrocarril, que a principios del siglo pasado soñaba con llegar hasta Chile, fue derrumbándose poco a poco y hoy hace ya casi veinte años que no presta servicios de pasajeros. Es una foto del pueblo que quiso ser y del pueblo que es. Por sus vías solo pasan trenes de carga que no frenan, siguen de largo, como trenes fantasma. Salvo en esas visitas esporádicas, la estación es puro abandono.

Los tipos llevan botas de goma, bombachas de campo por arriba de la cintura, camisas cubiertas por suéteres de lana y boinas, y usan camperones para capear el viento. Son como gauchos convertidos, adaptados a un siglo que les es esquivo. Las mujeres, en cambio, no tienen uniforme,

y suelen ser las que empujan. Los pibes escasean y los viejos cumplen cada vez más años. Todos luchan por sobrevivir en un ritual del sálvese quien pueda donde parece no salvarse nadie. Los chicos salen expulsados cuando termina el secundario, como si a los dieciocho la única solución fuera apretar el botón de reinicio. La mayoría se va a la capital en busca de luz y ruido, otros a Córdoba o a Buenos Aires, buscando lo mismo. Los que se quedan tienen hijos jóvenes y viven el reflejo de sus viejos.

En invierno la ciudad se congela. Las temperaturas mínimas rodean los cero grados, el frío seco extiende la respiración en el aire y el viento empuja sin disimular que quiere llevarse todo por delante. A eso hay que sumarle la nieve los días en que aparece. Ahí el blanco inunda las calles, los autos, los techos, las copas de los árboles, todo. Hasta el cielo se pone de un color entre grisáceo y blanquecino que de lejos se confunde su principio con el final de las casas bajas. En esos días el aire se hace espeso, brumoso, y la ciudad entera se ve difusa.

Otra cosa, el nombre Zapala viene de *chapid*, una palabra mapuche, que vendría a ser algo así como “pantano mortal”. Más o menos se dan una idea. Bueno, ahí fue Zinder.

Sigamos:

El remis lo dejó en la puerta del hotel Pehuén. En la fachada blanca del hotel resaltaba el dibujo de un pino junto con el nombre en verde, una puerta de madera espejada bastante amplia y un ventanal hacia a la calle desde donde se veía el bar del hotel y la recepción.

Después de despedirse del remisero, Zinder entró al hotel con su valijita de viaje que empujaba gracias a las ruedas. Lo recibió un chico joven, supuso que de unos veintipocos, morocho, de cejas gruesas y espalda ancha. Se presentó como Martín y dijo que estaba para ayudarlo. Zinder automáticamente le mostró la reserva que tenía hasta el domingo. Martín le dio la habitación catorce y le indicó cómo llegar, tenía que cruzar el hall hasta las escaleras y en el segundo piso al fondo iba a encontrar su habitación. Luego le comentó que tenía el desayuno incluido de ocho a diez, que en cada cuarto detrás del armario principal había una caja fuerte por sí quería usar y que marcando el uno se comunicaba con recepción. Lo dijo de memoria, casi sin respirar. Zinder le preguntó si tenían wifi, a lo que Martín contestó que sí pero que la señal no era muy buena, que cuanto más cerca estuviera de la recepción y del bar, mejor.

Con esa información, Zinder agradeció y cruzó el hall demasiado oscuro para ser mediodía. Caminó por una alfombra turca de tonos azules y morados, entre unas plantas de plástico, y subió por las escaleras tirando de la valija. Ya arriba atravesó el pasillo de baldosas anaranjadas. Las paredes eran de madera hasta la mitad y luego de cemento de un blanco liso. Su habitación tenía un matafuego rojo al costado superior del marco de la puerta, sobre la parte de pared blanca.

La habitación catorce era como las otras diecinueve: pequeña, de paredes blancas, dos camas separadas por una mesa de luz de madera, una tele cuadrada en lo alto

de la pared frente a las camas, un escritorio y una silla bajo la tele y el baño con bañadera y cortina azul con dibujos de flores y gusto dudoso. Una habitación de paso, como el pueblo. ¿Qué se podía esperar en Zapala?

Zinder sacó una foto de la habitación con su celular y le escribió a Julia: «linda la *suite*». Julia le contestó diciendo que le iba a averiguar en el Ritz y él puso que con un Holiday's Inn se conformaba. Guardó el celular en su bolsillo y no lo volvió a mirar por un buen rato. Estaba dispuesto a pensar solo en una cosa: su historia.

Se sacó la mochila pesada y la puso sobre una de las camas. Levantó la valija y la empezó a desarmar. Ordenó en el armario la poca ropa que había llevado, colgó su campera negra en la percha y dejó las botas de goma en el suelo.

Hizo el mismo ritual con la mochila. La abrió, sacó los dos libros que había llevado y los puso en la mesa de luz. Tenía *La Pesquisa* y *El violento oficio de escribir*. Los dos los había comprado por recomendación y para ese momento estaba en la primera parte del primero. También sacó su neceser y lo apoyó junto a los libros.

Dejó su computadora y su cuaderno de tapa blanda en el escritorio junto con la birome negra y caminó hacia la mesa de luz. Se sentó en la cama y abrió el neceser. Sacó una tableta de pastillas para dormir y las dejó sobre los libros, a mano.

Esto hay que decirlo: Zinder tenía problemas para dormir, algo contra lo que luchaba desde sus veinte. Hacía un tiempo que había conseguido unas pastillas sin receta, unas pastillas yanquis muy fuertes que cualquier médico

lógico hubiese prohibido para cuidar el hígado. Pero él las tomaba porque era la única forma de garantizarse dormir de corrido por lo menos cuatro o cinco horas. Solía minimizar el problema, decía que lo tenía controlado. Pero la verdad es que no era así, sufría el insomnio, se le notaba porque le pegaba directo en el cuerpo. Antes de las pastillas había probado con todo: alcohol, un vaso de leche tibia, porro, yoga, sexo, psicología, libros. No había caso, las pastillas eran la única solución. Aunque no las tomaba siempre. Por ejemplo, no le gustaba mezclar si había tomado alcohol.

Llevó el neceser al baño, se mojó la cara en la pileta, se sacó los anteojos y se puso los lentes de contacto frente al espejo. Otro dato de Zinder: hacía casi treinta años que tanteaba la mesa de luz para corregir la miopía, tenía casi -5 de aumento en cada ojo y sin ayuda le costaba ver lo que tenía enfrente. Había pensado en operarse varias veces, pero al final terminaba desistiendo porque le habían dicho que la miopía siempre volvía.

Una vez que ordenó las cosas del neceser, se acercó a la ventana y sacó la mano para comprobar el clima. Estaba frío, pero de día se aguantaba con un sobretodo. Vio las calles con restos de nieve y pensó que debía de haber nevado hacía poco. Chequeó en la tele que no fuera a llover ni a nevar. Lo confirmó, iba a estar nublado, pero hasta la noche parecía que no llovía. Se quedó un minuto más mirando la nieve y después se puso las botas, agarró su sobretodo y bajó a recepción.

Una vez abajo, Zinder le preguntó a Martín dónde quedaba el cementerio y el chico le respondió con una sonrisa que era muy cerca. Agregó que todo en Zapala era muy cerca.

El joven recepcionista sacó un mapa de un cajón detrás del mostrador y Zinder llegó a ver el brillo de un cuchillo como de caza, con un mango de madera parda y una hoja de unos quince centímetros. A Zinder le llamó la atención, pero miró para un costado y no dijo nada. Martín cerró rápido, apoyó el mapa en la mesada y con una birome hizo un círculo en el cementerio. Siguió marcando otros puntos de interés en círculos y Zinder lo frenó.

—Está bien, está bien, solo el cementerio —dijo mostrándole la palma.

—Disculpe, es la costumbre, el cementerio es acá a diez cuadras —Martín dejó de marcar y le extendió el mapa a Zinder, que lo guardó en el bolsillo de su sobretodo.

Cuando se disponía a agradecer para irse, escuchó la voz del chico.

—Perdón que me meta en donde no me corresponde, de curioso le pregunto nomás, ¿va al cementerio por lo del cadáver que desapareció? —Martín se acomodó en su silla alta y buscó la mirada de Zinder.

—No pasa nada... Sí, efectivamente —contestó apoyado contra la mesada.

—¿Usted es periodista?

Zinder pensó que el recepcionista era demasiado confianzudo, pero, como era su primer día, trató de ser lo más amable posible.

—No, no, vengo a escribir sobre la historia, pero no es algo periodístico, digamos, o sí, la verdad ni yo sé.

—Ah, ¿escritor? —interrogó el chico.

—No, yo escribo.

Hubo un silencio incómodo. Martín lo miró sin entender bien y Zinder, al darse cuenta de que había quedado desubicado, aclaró:

—Vengo a escribir unas crónicas literarias para un diario de Buenos Aires. Me quedo una semana, tomo notas, escucho a la gente y voy pasando las crónicas.

—Mire qué bien, bueno ojalá le salga algo lindo —dijo Martín con voz suave—. Le preguntaba porque hace unos días llegó una periodista del diario de Río Negro que vino también por lo de Velloso. Acá todo el mundo habla de eso: pueblo chico, infierno grande, que le dicen.

—Claro, me imagino.

Zinder sacó su celular del bolsillo y miró la hora para que Martín lo viera. El chico dijo que no sabía nada sobre lo que había pasado, pero que sí sabía que en el cementerio pasaban cosas raras. Y agregó que ya se iba a dar cuenta. Zinder respondió que él sabía menos, golpeó dos veces el mostrador con la palma derecha y se alejó diciendo que quería ver si agarraba al sepulturero para charlar.

—Mándele saludos al Rubén de mi parte —dijo Martín antes de que Zinder cruzara la puerta.

Afuera harían unos cinco grados y la nieve cubría gran parte de la vereda. Zinder se levantó el cuello del sobre todo hasta taparse las orejas y así afrontó el viento fresco.

Su sobretodo negro con capucha era bastante abrigado y lo cubría hasta pasando las rodillas.

Caminó recto por Etcheluz, pasó por la esquina donde está el enorme y elegante edificio del Banco Nación y un bar llamado “El Chanco Rengo” y siguió hasta chocarse con Bartolomé Mitre. A mitad de cuadra, vio a un señor grande y pelado que con una pala de metal sacaba la nieve revuelta y sucia que le había quedado en la entrada de su casa. La juntaba y la tiraba para los costados, liberando el camino hacia la calle. Lo acompañaba un perro negro, de esos que no tienen raza, con un collar rojo. Zinder se pasó a la calle para esquivarlos. El perro negro ladró con fuerza y él se asustó porque pensó que se le iba a abalanzar. El viejo gritó un nombre, dijo Calo o Cano. Zinder se frenó y vio como el perro salía disparado. Por un segundo pensó que lo iba a atacar, entonces se cubrió con los brazos y gritó «¡no!». Pero el perro no fue hacia él, sino en dirección a una paloma gris que estaba a metros suyo. La paloma levantó vuelo justo antes de que el tarascón del perro la alcanzara y este le empezó a ladrar al cielo. El viejo tiró la pala, corrió y sujetó al perro de su collar rojo. Todo pasó tan rápido que Zinder no llegó a moverse de donde estaba. Después del sobresalto, cruzó una mirada distante con el viejo y siguió caminando algo intranquilo. El perro siguió ladrando con fuerza y Zinder pensó que le ladraba a él. ¿Era a él?

En la esquina dobló a la izquierda hasta Israel, hizo cuadra y media hasta Avellaneda y, todavía con los ladridos en la oreja, entró al cementerio.

